

Nada es, sin embargo, más necesario que esta sabiduría. Es la ética misma: aprender a vivir -solo, por uno mismo-. La vida no sabe vivir de otra manera.
Jacques Derrida

Capítulo II SUJETO AUTOR

Desde mediados de la década de 1960, en Argentina fuimos constatando que gran cantidad de niños y niñas (muchos de ellos erróneamente diagnosticados como deficientes mentales) presentaban fracaso escolar o trastornos de aprendizaje sin padecer ningún trastorno neurológico anatómico ni funcional, ni déficit cognitivo.

Ofreciéndoles un cambio en el modo de enseñar de sus maestros, algunos de estos niños y niñas lograban aprender. En esos casos, nuestro trabajo se dirigía a abrir espacios de reflexión con los maestros, para que ellos pudieran realizar cambios de posicionamiento subjetivo que redundaran en lo pedagógico. Esos cambios debían darse en dos direcciones. Hacia sí mismos: para recuperar el propio placer de aprender y desde allí modificar la modalidad de enseñanza. Hacia sus alumnos: para investirlos del carácter de sujetos pensantes, capaces de aprender.

El hecho de que, a partir de los cambios en los maestros, los alumnos lograban aprender, indicaba de alguna manera que la dificultad previa respondía principalmente a la situación educativa.

Sin embargo, aun modificando el espacio educativo-escolar, otros niños continuaban con el trastorno de aprendizaje, interrogando desde sus síntomas no sólo a la escuela. Profundizamos y extendimos entonces el análisis hacia la historia del niño y su familia.

Fuimos estableciendo una diferencia entre el fracaso en el aprendizaje, anclado en el sistema educativo, al que, por lo tanto, preferimos llamar fracaso escolar y el fracaso en el aprendizaje anclado en el niño y su medio familiar. Reservamos el nombre de problema de aprendizaje sólo para este último.

Comprobamos, además, que realizando intervenciones psicopedagógicas clínicas, tendientes a la resignificación de la modalidad de aprendizaje del niño -aun de aquellos que habían sido ligeros y erróneamente diagnosticados como discapacitados mentales- y a la modificación de los posicionamientos enseñantes de los padres, se podía superar completamente el problema que habían manifestado.

Enseñante-aprendiente

A las palabras «enseñante», «aprendiente» y «modalidad de aprendizaje» les estoy dando valor de conceptos y los considero nodales para la psicopedagogía clínica.

Los términos enseñante y aprendiente, no son equivalentes a alumno y profesor. Estos últimos hacen referencia a lugares objetivos en un dispositivo pedagógico, mientras que los primeros indican un modo subjetivo de situarse. Posicionamiento que, si bien se relaciona con las experiencias que el medio le provea al sujeto, no está determinado por ellas.

Los estudios de pedagogía que trabajan con la relación alumno-profesor, así como los de la psicología y aun los del psicoanálisis sobre la relación padres-hijos, si bien son herramientas necesarias, no alcanzan para dar cuenta de los posicionamientos singulares ante el conocer y el aprender. A un niño, a una niña, a una mujer y a un hombre se los puede mirar en

cuanto los lugares que ocupan de hijo o hija, alumno o alumna, hermano o hermana, amigo o amiga, compañero o compañera de estudio, padre o madre, esposo o esposa...

A su vez, teniendo en cuenta algún aspecto de los posicionamientos subjetivos, se los puede mirar en todos los lugares objetivos que ocupen desde diferentes ópticas: a) en cuanto sujeto epistémico (que aprende, que posee capacidad para razonar, inteligencia); b) en cuanto sujeto deseante (que desea, posee emociones y sentimientos) y c) en cuanto sujeto aprendiente-enseñante-sujeto autor (visto desde el campo de la psicopedagogía).

Desde la psicopedagogía, cuando no habíamos sistematizado aun un nuevo lugar para mirar a los jóvenes y a las personas en general que no fuera el de sujeto epistémico o el de sujeto deseante, los niños con problemas de aprendizaje quedaban en un terreno de «nadie y de todos». Entonces finalizaban absorbidos por el «modelo médico hegemónico» y las técnicas de reeducación; transformados la mayoría de las veces en números para las estadísticas de deserción escolar.

Dirigiremos nuestro análisis hacia movimientos que llamaremos aprendiente y enseñante -como posiciones subjetivas- en relación con el conocimiento. Tales posicionamientos (aprendiente-enseñante) pueden ser simultaneizables y están presentes en todo vínculo (padres-hijos, amigo-amigo, alumno-profesor...). Así como no se podría ser alumno y profesor de su alumno al mismo tiempo, por el contrario, sólo quien se posiciona como enseñante podrá aprender y quien como aprendiente podrá enseñar.

Sujeto aprendiente

Al término «sujeto aprendiente» estoy dándole el carácter de concepto. Pienso al sujeto aprendiente como aquella articulación que van armando el sujeto cognoscente (que conoce) y el sujeto deseante, sobre el organismo heredado, construyendo un cuerpo, siempre en interacción con otro (Conocimiento-Cultura...) y con otros (padres, maestros, medios de comunicación).

El concepto de sujeto aprendiente se construye a partir de su relación con el de sujeto enseñante, ya que son dos posiciones subjetivas, presentes en una misma persona, en un mismo momento. Más aun: el aprender sólo acontece desde esta simultaneidad. Hasta podría decir que para realizar un buen aprendizaje es necesario conectarse más con el posicionamiento enseñante que con el aprendiente. Y, sin duda, se enseña desde el posicionamiento aprendiente.

El aprendiente se sitúa en la articulación de la información, el conocer y el saber, pero particularmente entre el conocer y el saber. Aprender es ir desde el saber, a apropiarse de una información dada, a partir de la construcción de conocimientos. Proceso en el cual intervienen inteligencia y deseo.

El sujeto aprendiente se sitúa siempre en diversos «entres», pero a su vez los construye como lugares de producción y lugares transicionales.

Nombraré algunos de estos entres:

Entre la responsabilidad que el conocer exige y la energía deseante que surge del desconocer insistente.

Entre la certeza y la duda.

Entre el jugar y el trabajar.

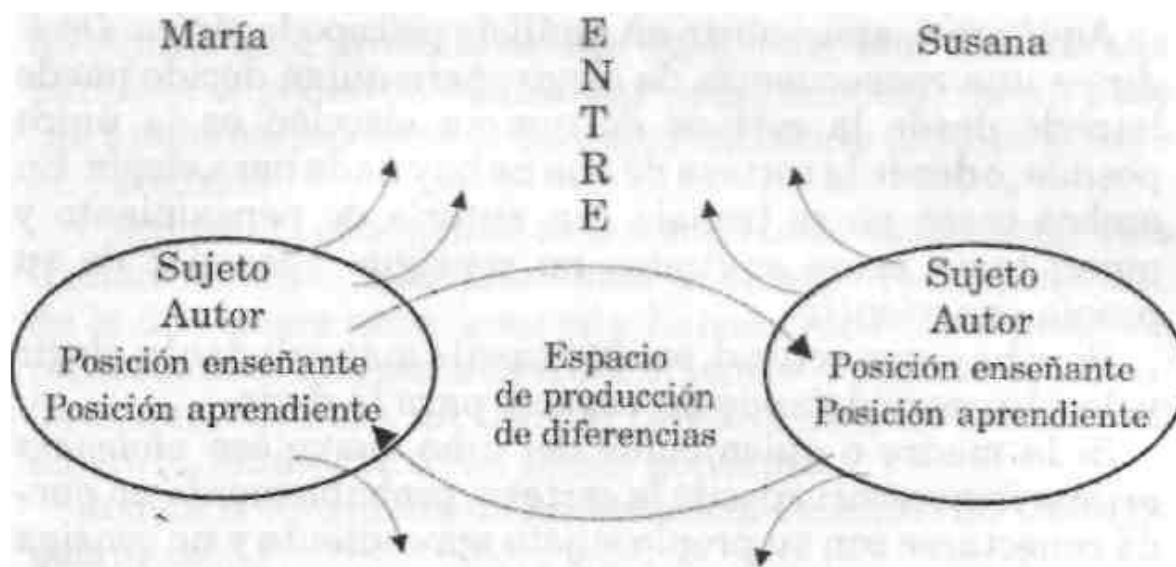
Entre el sujeto deseante y el cognoscente.

Entre ser sujeto del deseo del otro y ser autor de su propia historia.

Entre la alegría y la tristeza.

Entre los límites y la transgresión.

El «entre» que se construye entre el sujeto aprendiente del aprendiente y el sujeto enseñante del enseñante es un espacio de producción de diferencias.



Descubrirse diferente - Descubrir la incompletud

Descubrirse sujeto: constituyendo al aprendiente

Cómo se constituye el sujeto aprendiente

El psicoanalista argentino Luis Hornstein dice que «cuando el niño descubre que es una ilusión atribuir a la mirada parental (madre-padre) el poder de definir sus pensamientos, da un paso tan fundamental como el del descubrimiento de la diferencia de los sexos».

Psicopedagógicamente, considero a tales acontecimientos (reconocimiento de la diferencia de sexos y reconocimiento de la diferencia entre pensar y hablar) más como procesos constructivos que como descubrimientos. Procesos constitutivos que implican un trabajo psíquico de constitución del sujeto aprendiente como sujeto pensante.

Podemos considerar la importancia de estos dos trabajos psíquicos:

a) Descubrimiento-construcción de la diferencia de sexos: hecho marcante para la existencia del sujeto deseante.

b) Descubrimiento - construcción de la diferencia entre pensar y decir: hecho marcante para la existencia del sujeto cognoscente.

El posicionamiento ante las dos diferencias enunciadas marcará la existencia del sujeto aprendiente. Estos dos trabajos psíquicos, pero principalmente el segundo, colocan al niño, en una edad muy temprana, en contacto con un fuerte «sentimiento de orfandad». Ya no podrá contar con otro que piense por él y deberá ir asumiendo la responsabilidad de sus acciones.

El pensar y el aprender, nos ligan y nos desligan simultáneamente. Nos ligan a la cultura y a la ciencia, ya que la sociedad, la escuela y los otros deben suministrarlas como enseñanza y, a su vez, también nos desligan, ya que sólo y en la medida en que reconstruyamos y modifiquemos la enseña-información, imponiéndole la marca de nuestro saber y conocimientos anteriores, podremos aprender.

El proceso de aprendizaje se genera en la inquietud y la engendra. Reconocerse un derecho a pensar implica renunciar a encontrar en la escena de la realidad una voz que garantice lo verdadero y lo falso, y presupone el duelo por la certeza perdida. Tener que pensar, dudar de lo ya pensado, verificarlo, son las exigencias que el yo no puede esquivar...

Dice Piera Aulagnier:

El sujeto aprendiente articula al sujeto deseante con el sujeto cognoscente, haciéndose cuerpo en un organismo individual y haciéndose cuerpo-instituyente en un organismo-sistema social instituido.

Sujeto enseñante

Definimos al sujeto aprendiente como una posición subjetiva coexistente y simultánea con otra posición subjetiva que llamamos enseñante, o «sujeto enseñante». Detengámonos aquí. Para poder aprender, el sujeto tiene que apelar simultáneamente a las dos posiciones, aprendiente y enseñante. Necesita conectarse con lo que ya conoce y autorizarse a «mostrar», a hacer visible aquello que conoce. Además, el pensar es siempre una apelación al otro, una confrontación con el pensamiento del otro. Si bien es un proceso intrasubjetivo, acontece en la intersubjetividad.

Cuando aprendemos, también necesitamos «relatarnos» a nosotros mismos lo que aprendimos. Por eso, escribir es una de las mejores formas de ayudarnos a pensar. Cuando escribimos, se nos va haciendo visible nuestro pensamiento, como si estableciéramos un diálogo entre enseñante y aprendiente. Tal diálogo, no siempre armónico, estará más o menos favorecido por la posibilidad que tenga, y principalmente haya tenido, la persona, cuando niño, para jugar, en soledad y con otros.

El padre, la madre, los maestros y profesores como enseñantes proporcionan un espacio saludable de aprendizaje cuando consiguen apelar al sujeto enseñante de los aprendientes. Es decir, cuando no sólo ni principalmente se coloquen en posición de aprender de los hijos y/o alumnos, sino cuando consideren que estos últimos conocen y saben.

Aun desde la primera infancia todos contamos con ciertas ideas acerca de las cosas que aun no conocemos; esas ideas a veces hasta conforman teorías. No se puede aprender, verdaderamente, sin poner en diálogo esos conocimientos y saberes con los nuevos conocimientos. Quien enseña necesita hacer que se ponga en juego ese saber.

Una clase puede comenzar así: a) «El tema de hoy es...» y a partir de allí comenzar a hablar o puede comenzar así: b) «El tema que hoy nos convoca es... me gustaría que ustedes me contaran qué ideas tienen al respecto, incluso antes de que yo comience».

Decía que uno de nuestros puntos de partida supuso ampliar el concepto de enseñante y el del sujeto enseñante, este avance nos reenvió a redefinir el sujeto de la psicopedagogía como un sujeto simultáneamente aprendiente y enseñante, es decir a un sujeto autor.

Sujeto aprendiente - enseñante: sujeto autor

Un sujeto se constituye como autor (proceso que es un continuo nunca acabado e iniciado incluso antes del nacimiento) a partir de la movilidad entre sus posicionamientos enseñantes y aprendientes.

Transcribiré las palabras de dos pequeñas niñas, que creo definen cómo desde la conjunción de autorías se aprende y se constituye el aprendiente. Se trata de un diálogo que escuché hace tiempo. Las niñas hablaban entre ellas. Sin la interferencia de ningún adulto, se vieron en la necesidad de explicar qué quiere decir «aprender». ¿A qué se refiere ese verbo «aprender», que se introduce entre otro verbo que suele ser «ir» «querer» o «desear» y el objeto de conocimiento? Cuando decimos: «Quiero aprender computación» o «deseo estudiar inglés» o «voy a aprender matemática», ¿qué relación se establece entre el querer y la computación, entre el ir y la matemática, o entre el desear y el inglés?

- Me voy a aprender a nadar -dice Silvina con la alegría de sus 6 años recién cumplidos.

- ¿Vas a nadar? -interviene la hermana, tres años menor.

- No, voy a aprender a nadar.

- Yo también voy a jugar a la pileta.

- No es lo mismo. Yo voy a aprender a nadar -dice Silvina.

- ¿Qué es aprender?

- Aprender es ... como cuando papá me enseñó a andar en bicicleta. Yo tenía muchas ganas de andar en bicicleta. Entonces... papá me dio una bici ... más chica que la de él. Me ayudó a subir. La bici sola se cae, la tenés que sostener andando ...

- A mí me da miedo andar sin rueditas.

- Un poco de miedo da, pero papá sostenía la bici. No se subió a su bicicleta grande y dijo «así se anda en bici...». No, él se puso a correr a mi lado, siempre sosteniendo la bici..., muchos días, y de repente sin que yo me diera cuenta, soltó la bici y siguió corriendo al lado mío.

Entonces yo dije: ¡Ah ...! ¡APRENDÍ!

Una mujer, que escuchaba la escena desde lejos, no pudo dejar de mirar la alegría del «aprender» pronunciado, que se había trasladado hasta el cuerpo de la más pequeña y aparecía en el brillo de sus ojos.

- ¡Ah!, aprender es casi tan lindo como jugar -respondió.

- Sabés, papá no hizo como en la escuela. No me dijo: «hoy es el día de aprender a andar en bicicleta». «Primera clase: andar derecho. Segunda clase: andar rápido. Tercera clase: doblar. No tenía un boletín donde anotar: muy bien, excelente, regular... porque si hubiera sido así, no sé, algo en mis pulmones, en el estómago, en el corazón, no me hubiese dejado aprender.

Un aspecto olvidado, aun para las propias posturas constructivistas, es que el sujeto no sólo es activo en cuanto a la construcción del conocimiento que va a «incorporar» (es decir, en cuanto aprendiente), sino también lo es en cuanto transforma la situación en que está aprendiendo y al propio enseñante.

Por ejemplo, el alumno, construye (transforma) los conocimientos que incorpora (que se apropia), pero, a su vez, transforma la situación educativa y al maestro y/o a sus compañeros, para poder apropiarse de su «sujeto autor». Aquí vemos la importancia subjetivante del aprendizaje.

Lo más importante que el sujeto autor produce no es conocimiento para sí, sino la transformación en él y en quienes lo circundan. Si la escuela no propicia el desenvolvimiento del sujeto enseñante del alumno, el constructivismo sólo quedará en un nivel de buenas intenciones. Muchas veces lamentablemente hasta se utiliza una modalidad constructivista para adaptar al niño a la escuela, olvidando la parte recíproca: que la escuela necesita también adaptarse al niño y a la niña¹³.

Un papá es aquel que puede jugar con -y moverse de- el lugar de padre (ley conocimiento) para dejarse constituir en papá, en el «entre» entre él y su hijo o hija. Una mamá es aquella que puede jugar con el lugar de madre (cuidadora-limpiadora) para dejarse constituir como mamá, en el «entre» entre ella y su hijo o hija.

El sujeto autor del niño, desde donde aprende, sólo se potencia cuando se deja aparecer al sujeto enseñante del niño. Es decir, cuando la madre y el padre se dejan afectar por el sujeto enseñante del hijo y de la hija.

Función enseñante

Diferenciaré «sujeto enseñante» de «enseñante» como función. Los maestros y profesores no son los únicos que enseñan. Diferentes instancias, situaciones y personas cumplen una función enseñante. La psicopedagogía trabaja sobre, en, desde esas funciones enseñantes y aprendientes de diferentes personas e instancias.

Ése fue uno de nuestros puntos de partida: ampliar un aspecto desde el que ya la pedagogía trabajaba, considerando la importancia de la relación profesor-alumno. La psicopedagogía comenzó a señalar la necesidad de trabajar con la relación padre como enseñante-hijo/a como aprendiente madre como enseñante-hijo/a como aprendiente. Allí nos encontramos con el grupo familiar y su importancia, ya sea para favorecer un aprendizaje saludable y alegre como para dificultarlo produciendo diferentes síntomas e inhibiciones.

Necesitamos, entonces, incluir como sujetos de nuestras intervenciones a los enseñantes, padres, maestros y actualmente también a los medios de comunicación.

Pero, a su vez, al ir al encuentro de las significaciones inconscientes que dentro de la familia operan como posibilitadores o inhibidores del aprendizaje, nos vimos en la necesidad de construir conceptos nuevos que llamamos «modalidad de aprendizaje» y «modalidad de enseñanza».



Fernández, Alicia. (2007). Los idiomas del aprendiente. Cap II. Sujeto Autor. Bs. As.